

**MAGALLÁNICA, Revista de Historia Moderna: 4 / 8 (Varia)**

Enero - Junio de 2018, ISSN 2422-779X

**UNA FRONTERA DE ULTRAMAR. EL ESTADO DEFENSIVO DE LAS  
FILIPINAS EN TIEMPOS DE CARLOS II, 1665-1700****Antonio Espino López**

Universidad Autónoma de Barcelona, España.

Recibido: 05/07/2017.

Aceptado: 07/02/2018.

**RESUMEN**

El presente trabajo es un primer análisis de las principales problemáticas defensivas que hubieron de tratarse en las islas Filipinas durante el reinado de Carlos II realizado a partir de documentación depositada en el Archivo General de Indias. Se comentan aspectos como la falta de tropas, de armamento, sobre todo artillería, y la dificultad para mejorar las fortificaciones insulares a causa de la cortedad del situado novohispano.

**PALABRAS CLAVE:** Carlos II; Filipinas; defensa; fortificaciones; tropas.**A BORDER OF OVERSEAS. THE DEFENSE OF THE PHILIPPINE ISLANDS  
DURING THE REIGN OF CHARLES II, 1665-1700****ABSTRACT**

This work is a first analysis of the main defensive problems in the Philippine Islands during the reign of Charles II of Spain made from documentation placed in the *Archivo General de Indias*. Discussed aspects such as lack of troops, weapons, mostly artillery, and the difficulty to improve Island's fortifications because of the lack of money sent from the Viceroyalty of New Spain.

**KEY WORDS:** Charles II of Spain; Philippines; military defense; fortifications; troops.

---

**Antonio Espino López** es Doctor en Historia. Catedrático de Historia Moderna, en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Barcelona. Entre sus libros se encuentran: (2006) *Los gobernadores de Ibiza en el siglo XVII: política y guerra en un enclave del Mediterráneo*, Eivissa; (2001) *Guerra y cultura en la época moderna*, Madrid; (1995) *El frente catalán en la Guerra de los Nueve Años, 1689-1697*, Barcelona. Correo electrónico: Antonio.Espino@uab.cat

---

## UNA FRONTERA DE ULTRAMAR. EL ESTADO DEFENSIVO DE LAS FILIPINAS EN TIEMPOS DE CARLOS II, 1665-1700\*

Como es ampliamente conocido, el virrey de Nueva España, en tanto que capitán general de un vasto territorio, no solo hubo de atender las necesidades militares, sobre todo defensivas, de una frontera norte árida, que se prolongaba hacia la Florida en dirección este, y de la fachada atlántica novohispana, que implicaba asimismo la defensa de buena parte del Caribe, puerta de entrada a las Indias, sino que también tenía competencias sobre la fachada del Pacífico, con esa extraordinaria prolongación hacia Filipinas, así como hacia las Marianas y las Carolinas, durante el reinado de Carlos II. Ahora bien, si tanto la costa del Pacífico como, sobre todo, la del Atlántico, así como las fronteras de Florida, estuvieron en peligro a causa de las acciones de los enemigos de la Monarquía durante aquel aciago reinado, lo mismo se puede decir de las Filipinas, pero historiográficamente hablando, a nivel de análisis de las cuestiones defensivas, el archipiélago no ha suscitado el mismo interés entre los historiadores que otros territorios de frontera de la Monarquía Hispánica.<sup>1</sup> De modo que en este trabajo me propongo, con la utilización de fondos del Archivo General de Indias, realizar un primer análisis de la situación defensiva de las Filipinas, que se intentará prolongar más adelante al caso de las islas Marianas,<sup>2</sup> durante el reinado del último de los Austrias.

### Viejos y nuevos enemigos

En buena medida, la política defensiva hispana en las Filipinas evolucionó en función de los intereses militares de las Provincias Unidas en el área. La república

---

<sup>1</sup> Por ejemplo, las actas del congreso *España y el Pacífico. Legazpi* (Madrid, 2004) reflejan como solo tres trabajos de un total de cuarenta y tres se dedicaron a cuestiones relacionadas con la guerra y la defensa. No obstante, en los últimos años se han trabajado algunos aspectos de la defensa, pero ya en el siglo XVIII: (LUENGO, 2013; DEL BARRIO; 2012).

<sup>2</sup> Al respecto, consultar: (BRUNAL-PERRY, 2004, vol. I: 543-555; COELLO, 2011, 128/II: 707-745 y 2012, LXX/234: 17-44).

neerlandesa consiguió capturar Amboina (Molucas) en 1605 y Ternate (Molucas) en 1610; fundaron Batavia en 1619; capturaron Malaca en 1641, Ceilán entre 1655-1661, Cochim en 1663 y completaron la conquista de Java en 1680. (PANNIKAR, 1966: 42 Y SS.; LUCENA SALMORAL, 1999: 62; ISRAEL, 1995: 318-327 Y 934-951; BLACK, 2011: 114-115). Y desde bien pronto su propósito fue no solo expulsar a los portugueses de la zona, sino también intentar eliminar la presencia hispana en el área o, al menos, hacerla muy difícil hasta la paz de 1648. Ya en 1597, Hernando de los Ríos recomendó a Felipe II la conquista de Siam, Camboya y Champa (sur de Vietnam) para poder establecerse en el continente, así como la de Formosa para poder defender mejor las Filipinas en caso de ataques futuros. Pero la presencia neerlandesa en las islas Molucas desde 1604 iba a alterar estos planes. La primera necesidad era expulsar al enemigo europeo de aquellas aguas, impidiendo que se hiciera fuerte y la ayuda sólo podía llegar de la Nueva España. En 1605, por ejemplo, ya llegaron a Manila seiscientos soldados al mando del maestre de campo Juan de Esquivel que se pusieron bajo las órdenes del gobernador general de las Filipinas, Pedro Bravo de Acuña. (VALLADARES, 2001: 20-21).<sup>3</sup> Para oponerse a los neerlandeses, se calcula que entre 1607 y 1619 se despacharon siete millones de ducados de los ingresos que se sacaban de Nueva España en dirección a las Filipinas; y entre 1618 y 1621, desde el virreinato novohispano se enviaron 1.650.000 pesos a Manila, mientras que a Madrid llegaron 1.500.000 pesos. (BERNAL, 2004, vol. I: 490, n. 15; PARKER, 1986: 182; GOODMAN, 2001: 37) Por otro lado, la obligación de defender las Molucas tenía un coste muy elevado, que Grau i Montfalcó estimó en 1640 en 230.000 pesos al año (sólo el mantenimiento de Ternate).<sup>4</sup>

En 1626, el gobernador de Filipinas, Juan Niño de Tabora, llevó de Nueva España seiscientos soldados y marinos que en los años siguientes tendrían que emplearse, junto con tropas filipinas, no tanto en la lucha contra occidentales, sino en el enfrentamiento contra los musulmanes de Mindanao y, especialmente, en Joló. Por entonces había ochocientos hombres de guarnición en las Molucas –seiscientos hispanos y doscientos mercenarios indígenas–, así como seis galeras de servicio en aquellas aguas: dos en

<sup>3</sup> Sobre la escasez de soldados en el archipiélago las décadas iniciales del Seiscientos: (SALES-COLÍN, 2005: 775-794).

<sup>4</sup> Citado en: (SCHURTZ, 1992: 150). Joan Grau i Montfalcó publicó en Madrid (1640) una *Justificación de la conservación y comercio de las islas Filipinas* que dedicó a Juan de Palafox y Mendoza. Grau era procurador general de las islas Filipinas, agente del Principado de Cataluña en la Corte y síndico de la ciudad de Barcelona.

Manila, un par más en Formosa y las dos últimas en Ternate. Era una situación parecida al intento de defender el Caribe con galeras en el siglo XVI. En 1635, el nuevo gobernador Hurtado de Corcuera, quien antaño gobernase Panamá, creó un cuerpo de caballería para mejorar la defensa del archipiélago, atacando, de nuevo, a los musulmanes de Mindanao y Joló en 1636 y 1637 de forma victoriosa. Por ello, en 1638 los sultanes de Mindanao, Ternate y, más tarde, el de Joló firmaron un pacto con los neerlandeses que buscaba la expulsión de la Monarquía Hispánica de las Filipinas. La presión de los sultanes de Mindanao y Joló fue tan fuerte en los años siguientes que el gobernador Diego Fajardo Chacón decidió firmar en 1646 la paz con el sultán de Mindanao y, asimismo, retirarse de la isla de Joló, tras refrendar un acuerdo y reconocer la independencia del de Joló. De esta manera se iban a concentrar las escasas fuerzas existentes en defender Manila y se desarticulaba la alianza entre los neerlandeses y el sultán de Joló. De hecho, en 1646 se llegaron a producir hasta cuatro enfrentamientos navales contra dos flotas neerlandesas de cinco y doce navíos, siendo rechazadas siempre, y lo mismo ocurrió en 1647 cuando otra fuerza neerlandesa, compuesta por doce buques, atacara Cavite y Bataán y fuese, asimismo, vencida. Después del Tratado de Münster (1648), los neerlandeses dejarían de importunar las Filipinas, pero más que por la paz firmada, por su incapacidad para hacerlo. (CABRERO, 2000: 227)<sup>5</sup>

Después de aquel esfuerzo también se entiende que el gobernador Fajardo Chacón criticara el último envío de tropas procedente de Nueva España (en 1650), pues, citado por Molina (1992), “Además de ser muy pocos los que han venido de Nueva España y éstos, mulatos e indios y gente de mal hacer, son muchachos que necesitan de estarse en una escuela que no en cosa alguna de servicio” (p. 90 y ss). Fajardo Chacón solo recibiría refuerzos en 1654. Y le harían mucha falta, tanto a él como a los neerlandeses, pues la mayor amenaza se produjo entonces: la del pirata chino, y seguidor de la dinastía Ming, Guóxìngyè, más conocido como Koxinga. A mediados del siglo XVII, Koxinga estableció un ejército y una flota poderosos en la zona de Fujian (costa continental china), dedicándose a intentar restablecer en el trono de Pekín a los Ming, expulsados del mismo en 1644 por la dinastía manchú de los Qing. En 1655, Koxinga

---

<sup>5</sup> También aquellos años el gobernador Hurtado de Corcuera propuso a Felipe IV la unión de Macao y Manila y la destrucción de las fortificaciones del enemigo entre Formosa y Macao. Felipe IV accedió a dicho plan encargándolo al sucesor de Hurtado de Corcuera, Diego Fajardo, pero no se llegó a concretar. (SCHURTZ, 1992: 146-147)

podía contar con dos mil barcos de guerra y hasta cien mil hombres, alarmando sobremanera a los neerlandeses, que lo consideraban la principal amenaza para su imperio asiático, toda vez que el propio Koxinga había declarado que Batavia, Taiwán (Formosa) y Malaca eran territorios bajo su influencia. Incluso, en 1657, se atrevió a disputar a los neerlandeses su monopolio comercial con el Japón<sup>6</sup> (establecido en 1640). Pero la principal debilidad de Koxinga era que dependía de su posición en Fujien para obtener objetos de lujo chinos con los que comerciar. Entre 1656 y 1659 sus ejércitos estuvieron a punto de recuperar el sureste de China para los Ming, pero fracasó ante Nankín, de modo que su posición en la costa china se desvaneció. Ante dicha situación, Koxinga decidió que necesitaba una base importante cercana a la costa, y se decidió por arrebatarles Taiwán a los neerlandeses, quienes solo disponían de dos fuertes en la isla. Este desembarcó en Formosa y puso sitio al fuerte Zelandia con veintiocho piezas artilleras occidentales, que se rindió nueve meses más tarde. Haciendo de Taiwán el último reducto de los Ming, seguidamente Koxinga envió un mensaje a las Filipinas demandando tributo. En Manila sólo había seiscientos soldados hispanos y apenas la misma fuerza en el resto del archipiélago, por ello el gobernador Manrique de Lara, mientras esperaba refuerzos de Nueva España, decidió abandonar las posiciones en las Molucas y en Mindanao<sup>7</sup> y trasladar las tropas a Manila, ordenando la matanza de los residentes chinos de las cercanías de la capital, quienes amenazaban con sublevarse. Sólo la muerte de Koxinga en 1662<sup>8</sup> salvó a las Filipinas. (PARKER, 1990: 156-158)

Una de las principales constataciones de aquellos años fue la extrema lentitud en la toma de decisiones. Por ejemplo, tras el ataque neerlandés de 1647, el gobernador don Diego Fajardo solicitó en 1650 a la Corona una intervención para mejorar las defensas del puerto de Cavite. En julio de 1654, Felipe IV demandó a su vez un informe sobre el estado defensivo del citado puerto. La respuesta se tuvo con fecha del 23 de mayo de 1659, cuando el gobernador Manrique de Lara dispuso de informes de los entendidos en ingeniería y oficiales que habían reconocido Cavite, levantando plantas de las defensas realizadas y las que quedaban por levantar, así como de dos reductos,

<sup>6</sup> Sobre las relaciones (comerciales) entre Filipinas y Japón, véase: (HERRERA REVIRIEGO, 2015: 43-55).

<sup>7</sup> Sobre la geografía y la población de Luzón, Cebú y Mindanao en los siglos XVI y XVII: (ANTÓN BURGOS, 2004, vol. I: 203-230.

<sup>8</sup> Molina evalúa en veinticuatro compañías de infantería hispana y trescientas de filipinos las fuerzas con las que se contaría por entonces en Filipinas, si bien la mayoría de las tropas hispanas eran reclutas forzadas que cumplían condenas por delitos. (1992: 92).

uno en Binacaya y otro en Bacoor, que debían asegurar los socorros, y un tercero delante de la puerta de Sangley para impedir que el enemigo desembarcase gente en aquella parte. Pero el gran problema era que apenas si se alcanzaba la octava parte de la gente necesaria para guarnicionar la plaza, y ello sin contar la necesaria para frenar un desembarco a modo de tropas de campaña. Pero Manrique de Lara añadía que, además, no servía en Filipinas ningún ingeniero que trazase con oficio las plantas de las edificaciones necesarias, sino que “los soldados destas yslas son los que hacen las plantas y se fortifican según sus experiencias y capacidades”. El coste de las obras se estimó en 50.000 pesos como mínimo. En 1662, la Junta de Guerra de Indias hizo llegar los informes al ingeniero Ricardo Carr, quien dio su parecer, y en noviembre de 1665 todavía no se había tomado una decisión.<sup>9</sup> Es decir, dieciocho años más tarde, el problema seguía sin solucionarse.

Además, y coincidiendo con el auge militar de Koxinga, el gobernador Manrique de Lara se quejó sistemáticamente de la ridiculez de los situados<sup>10</sup> arribados desde Nueva España. En 1658 llegaron apenas 196.000 pesos, cuando solicitaba un situado para 1659 de 500.000 pesos (como había prometido Felipe IV que sería) para cubrir los gastos generales,<sup>11</sup> y otros 200.000 en géneros y pertrechos de guerra. Asimismo, los ciento cincuenta infantes llegados en 1658 acompañando el situado eran “muchachos, indios, mestizos, mulatos, negros, cafres de ninguna satisfacción, los 50 dellos forçados, açotados y afrentados condenados a galeras”; en cualquier caso, un número demasiado reducido para cubrir todas las bajas habidas en los últimos tiempos, medio millar de hombres, y así se entendía que plazas y presidios estuviesen “cassi desmantelados y sin guarnición”. El virrey de Nueva España, duque de Alburquerque, se justificó señalando

<sup>9</sup> Carta de Manrique de Lara a Felipe IV, 20 de julio de 1659, y «Relación de lo que parece de la Junta de Guerra de Indias», 5 de noviembre de 1665, Archivo General de Indias, Sevilla (AGI), Filipinas, legajo 9, exp. 24.

<sup>10</sup> Se ha definido jurídicamente el situado como “una ayuda vía depósito de capital que la corona española instauró hacia finales del siglo XVI para mantener la defensa de las guarniciones con menos recursos económicos, pero que no será hasta el XVIII cuando alcance su máxima expansión y desarrollo, constituyéndose en un aspecto clave de la defensa de América”. (SERRANO ÁLVAREZ, 2004: 58-78, cita en p. 61). En la definición de Rafal Reichert, “El término se debe a la situación sobre la plaza militar de una cantidad fija de dinero para el financiamiento de tropas, y con el tiempo también para el financiamiento de fortificaciones, pertrechos, municiones y víveres. La cantidad otorgada era sufragada por otra ciudad, región o administración colonial. El situado en teoría tenía un carácter anual y constituía junto con los propios recursos financieros de la caja receptora, el monto que se gastaba en las necesidades militares de cada presidio”. (2012: 159-182, cita en p. 162, n. 7)

<sup>11</sup> En 1664, el gobernador Diego Salcedo señalaba que necesitaban las islas situados de 650.000 pesos, y que a su llegada a Manila apenas había hallado 35 pesos en las Reales Cajas. Carta del gobernador Salcedo a Felipe IV, 16 de julio de 1664, AGI, Filipinas, leg. 9, exp. 41.

cómo los recientes acontecimientos en su zona de influencia, es decir la ocupación inglesa de Jamaica en 1655, le obligaban a estar muy atento (y gastar mucho dinero en defensa). De hecho, en 1653 Alburquerque remitió 227.000 pesos y una compañía de cien hombres, en 1654 envió 153.000 pesos acompañados de 167 oficiales y soldados de infantería y 19 artilleros, y en 1655 225.000 pesos efectivos a Filipinas como situado.<sup>12</sup>

### Intentos de mejora defensiva: problemas con el situado filipino

El peligro padecido, en todo caso, aquellos últimos años había sido muy grande, por ello en 1663-1664 se enviaron a Filipinas desde Nueva España tres expediciones: en la primera fueron ciento cincuenta infantes que, junto con la flota y el dinero del situado (156.000 pesos), significaron un desembolso total de 395.995 pesos según el virrey, conde de Baños. La segunda expedición llevaba setecientas personas embarcadas (entre soldados, marinería y religiosos) y costó 648.047 pesos; y la tercera, de marzo de 1664, embarcó 374 personas con un gasto de 370.000 pesos. Fue el mayor esfuerzo efectuado en los últimos años: 1.404.046 pesos y 1.214 infantes remitidos. Según el gobernador Manrique de Lara, en los nueve años previos solo le habían llegado medio millar de infantes, cuando el poder de Cotinga había estado en su apogeo. (HANKE/RODRÍGUEZ, 1977: 188-190) En 1664, el gobernador Salcedo informaba de haberse encontrado a su llegada a Manila con una armería provista con 960 mosquetes, 94 pinzotes y esmeriles, así como con 320 arcabuces, 87 carabinas, 430 picas y 740 medias picas. Por lo tanto, se podrían armar a más de dos mil hombres (y unos quinientos auxiliares aborígenes si contamos los machetes y otras picas que podrían acabar de fabricarse con facilidad), pero apenas la mitad con arma de fuego. El suministro de balas, pólvora y cuerda, así como el de bastimentos, parecía ser el apropiado para una situación de tranquilidad, pero no para afrontar un sitio. Por todo ello se entiende el pesimismo con el que Salcedo pintó el estado defensivo general de las Filipinas a su llegada en septiembre de 1663.<sup>13</sup> Asimismo, el gobernador se quejó

<sup>12</sup> Copias de cartas del virrey Alburquerque a Felipe IV, México, 19 de julio de 1654, 3 de mayo de 1655, 15 de julio de 1656 y 5 de marzo de 1658, AGI, Filipinas, leg. 23, exp. 4 y copia de carta de Manrique de Lara a Felipe IV, Manila, 20 de julio de 1659, *Idem*.

<sup>13</sup> Carta del gobernador Salcedo a Felipe IV, Manila, 16 de julio de 1664, con informes de los Reales Almacenes de Manila y Cavite, AGI, Filipinas, leg. 9, exp. 41. Salcedo aseguraba que apenas había

por el corto situado de 1665, apenas 94.000 pesos, y el envío de 149 infantes de recluta, aunque la mayoría eran “mestiços, mulatos e indios, causando a todos los basallos de V. M. notable desconsuelo y descrédito a vista de las muchas naciones que aquí asisten, de que estos y los naturales no dejan de engendrar desestimación de los españoles y armas de V. M”. Tampoco los oficiales que se enviaban a las Filipinas eran los mejores, buscando quizá estos más su ganancia que no realizar un buen servicio al rey.<sup>14</sup> Salcedo demandó armas a Nueva España y a la propia Península, pero en noviembre de 1666 en una minuta del Consejo de Indias se aseguraba que “aun para las partes más precisas de España no había armas en las fábricas”, y todo apunta a que la petición del gobernador, trasladada a otras instancias por si las tenían de sobra, no se satisfizo.<sup>15</sup> En tiempos de Salcedo, este creó cinco compañías de infantería, pero por una Real Orden del 28 de noviembre de 1666 se ordenó suprimirlas, tarea que llevó a cabo su sucesor, el gobernador León.<sup>16</sup> De hecho, una de las críticas del virrey de Nueva España, marqués de Mancera, ante las peticiones de dinero y armas de Salcedo, fue el aumento del número de oficiales que cobraban sueldos elevados en Filipinas.<sup>17</sup>

Los envíos de medios de guerra siempre eran difíciles de conseguir en Filipinas y quizá esa la principal razón que estuvo detrás de la consulta hecha al virrey Mancera en 1671 sobre la posibilidad de recuperar las artillerías de dos galeones hundidos en el archipiélago hacía más de treinta años. Habían llegado noticias de hallarse los pecios a apenas cuatro brazas de profundidad, y las piezas eran de bronce, pero se necesitaban medios económicos y tropas para proteger a los buzos de posibles ataques de los indios. Pero Mancera no se dejó convencer por aquellos argumentos, creyendo que sería más

---

podido pagar dos pesos mensuales a cada soldado, cuando su salario era de ocho. Por otro lado, daba a entender la peligrosidad de chinos y japoneses en campaña, pues podían levantar ejércitos de 150.000 y 200.000 efectivos, sin importarles enviar 10.000 o 12.000 hombres a la muerte, rellenando con sus cuerpos los fosos y haciendo escalas para asaltar las murallas, y, a pesar de la defensa que hicieron los neerlandeses en Formosa, ejemplo que trataba Salcedo, estos acabaron por perder la isla. Carta del gobernador Salcedo a Felipe IV, Manila, 16 de julio de 1664, AGI, Filipinas, leg. 9, exp. 40.

<sup>14</sup> Carta del gobernador Salcedo a Felipe IV, Manila, 25 de junio de 1665, AGI, Filipinas, leg. 9, exp. 44. Sobre el envío de forzados de Nueva España a las Filipinas en el siglo XVII, Mawson, LXXIII/259 (Madrid, 2013): 693-730. Según los datos de Mawson, durante el reinado de Carlos II, en concreto de 1666 a 1691, partieron de Nueva España 1.561 hombres a servir a Filipinas, de los cuales eran forzados con toda seguridad 590, pero su número hubo de ser mayor.

<sup>15</sup> Consulta del Consejo de Indias, 11 de octubre de 1666 y resolución final de noviembre de 1666, AGI, Filipinas, leg. 2, exp. 242,

<sup>16</sup> Carta del gobernador León a Mariana de Austria, Manila, 10 de junio de 1670, AGI, Filipinas, leg. 10, exp. 4.

<sup>17</sup> Carta del virrey Mancera a Felipe IV, México, 12 de febrero de 1665, AGI, México, leg. 40, exp. 8.



barato fabricar artillería nueva en Nueva España y remitirla a las islas.<sup>18</sup>

También era muy crítico con el estado defensivo de las Filipinas el general Lorenzo de Orella, con treinta y seis años de servicio en las islas en 1672, y castellano de Santiago de Manila, quien aseguraba el mal estado del castillo bajo su custodia, así como los escasos socorros de gente y dinero llegados desde Nueva España. Unas informaciones que contradecían las aportadas por los virreyes de Nueva España.<sup>19</sup>

Entre 1664 y 1673, el virrey Mancera aseguraba haber enviado diez navíos a las Filipinas, sin especificar más datos. Pero según un informe encargado por el conde de Peñaranda en 1670 sabemos que de 1663 a 1669 se enviaron a las Filipinas 2.152.244 pesos, si bien no constaban datos sobre el ejercicio de 1664. El sucesor de Mancera, el arzobispo Payo Enríquez de Ribera, virrey interino hasta 1680, remitió en mayo de 1674 una expedición con un coste total de 299.664 pesos, de los cuales 101.766 era el monto del situado. Dos años más tarde, en mayo de 1676, socorría no solo a los jesuitas que debían pasar a las Marianas,<sup>20</sup> quienes recibían 350 pesos anuales como limosna, sino que también envió dinero para los cuarenta soldados de la dotación de aquellas islas, pagándoles como a los efectivos del presidio de Sinaloa.<sup>21</sup> El caso es que en 1670 el gobernador Manuel de León avisaba que las pagas completas anuales de todos aquellos que servían al rey en Filipinas, incluidos el clero y los hombres de mar, montaba 445.530 pesos y no estaba previsto enviar estas cantidades. De dicho monto, solo 68.577 pesos se dedicaban a cuestiones no relacionadas con la defensa.<sup>22</sup> Por ejemplo, en julio de 1673 le llegaron a León escasamente 136.138 pesos como situado y ochenta y tres soldados como recluta (cuando apenas si se les pagaba doce reales al mes a los soldados y seis a los trabajadores de los astilleros por no alcanzar a más el dinero efectivo en las arcas a su disposición).<sup>23</sup> Por cierto que, en 1678, antes de incorporarse a

<sup>18</sup> Carta del virrey Mancera a Mariana de Austria, México, 27 de noviembre de 1671, AGI, México, leg. 45, exp. 88.

<sup>19</sup> Carta de Lorenzo de Orella y Ugalde, castellano de Santiago de Manila, a Mariana de Austria, Manila, 15 de enero de 1672, AGI, Filipinas, leg. 43, exp. 39. Sobre el estado de las fortificaciones de Manila aquellos años: (DÍAZ-TRECHUELO, 1985: 263-268)

<sup>20</sup> Al respecto: (COELLO, 2011: 707-745).

<sup>21</sup> Informe de Hacienda elevado al conde de Peñaranda, Madrid, 6 de III de 1670, AGI, Filipinas, leg. 23, exp. 4. Carta del virrey Enríquez de Ribera a Mariana de Austria, México, 8 de mayo de 1674, AGI, México, leg. 47, exp. 47. Carta del virrey Enríquez de Ribera a Mariana de Austria, 10 de mayo de 1676, AGI, México, leg. 49, exp. 9.

<sup>22</sup> Carta del gobernador Manuel de León a Mariana de Austria, Manila, 15 de junio de 1670, AGI, Filipinas, leg. 10, exp. 6.

<sup>23</sup> Carta del gobernador León a Mariana de Austria, Manila, 31 de mayo de 1674, AGI, Filipinas, leg. 10, exp. 29. León aseguraba que se hallaban dos armadas, una francesa y otra inglesa, en la zona, y ambos

su cargo, el gobernador Vargas Hurtado informaba desde México que el situado se mantenía sin variar en 200.000 pesos en moneda y otros 50.000 en géneros, menos de lo necesario para el normal funcionamiento. Vargas solicitó un aumento del socorro, pero su indignación se acrecentó cuando en 1678 solo le llegaron 77.107 pesos en metálico y en 1679 apenas 42.697. Y era una cuestión grave, pues en 1678 se estaban pagando 901 plazas de oficiales (mayores y menores) y soldados, además de otras 82 de artilleros en Manila; 61 oficiales y 234 soldados en Cavite y, por último, 36 oficiales que cuidaban de dirigir 202 soldados aborígenes. Pero, asimismo, había que pagar a los 177 infantes y artilleros europeos y 97 integrantes de una compañía pampang del presidio de Cebú; en el de Cagayan servían 196 oficiales e infantes hispanos y 49 soldados aborígenes; en el de Otón lo hacían 188 soldados europeos y 89 aborígenes; en la provincia de Calamianes estaban de servicio 67 soldados hispanos y 42 aborígenes, y en la de Caraga 84 soldados hispanos y 52 aborígenes. En total, pues, servían en Filipinas 2.557 soldados.<sup>24</sup> Así, la realidad, además de verse en la obligación de hacer obras defensivas en muchos baluartes, era que en dos años de mandato el gobernador Vargas apenas si había podido repartir la mitad de un situado normal. En 1680, Vargas aseguraba que la cantidad anual necesitada en las Filipinas (y Marianas) era de 476.876 pesos, y descontando a dicha cifra los 180.265 pesos obtenidos por la Real Hacienda en aquellas islas, el situado novohispano debía cubrir forzosamente 296.611 pesos. Y las alarmas sonaron cuando en ese ejercicio de 1680, Vargas comprobó cómo le llegaban apenas 120.208 pesos como situado, mientras los ingresos reales en las Filipinas alcanzaban los 109.035 pesos, es decir un total de 229.243 pesos, cantidad notoriamente inferior al situado que debería llegar anualmente. Ello condujo a que a mediados de mayo de 1681, Vargas apenas tuviese 4.000 pesos en la Real Caja de Manila, y sin haber socorrido a oficiales e infantes de guarnición en el archipiélago, cuando sus pagas se llevaban de 6.500 a 7.000 pesos mensuales. El gobernador Vargas, como en otros lugares de las Indias dependientes de los irregulares situados, no tenía más remedio que recurrir al crédito y al buen hacer de los vecinos de Manila dedicados al comercio. En mayo de

---

habían sido batidos por los neerlandeses. Es decir, que en Asia ocurría lo mismo que en la propia América. De hecho, en 1672 dio noticia de la llegada de dieciocho fragatas francesas a Batavia, puesto neerlandés. Carta del gobernador León a Mariana de Austria, Manila, 9 de julio de 1672, AGI, Filipinas, leg. 10, exp. 24.

<sup>24</sup> En 1679, Vargas desmentía sus propias cifras, pues aseguraba que apenas si había sirviendo 1.200 “que con nombre de españoles la guarnecen y que legítimamente lo sean a quatro cientos”. Carta del gobernador Vargas a Carlos II, Manila, 20 de junio de 1679, AGI, Filipinas, leg. 11, exp. 7.

1682 se repetían los problemas, con un gobernador Vargas que en aquella ocasión contaba con diez mil pesos en las Reales Cajas, pero que, como en 1680, hubo de pedir prestados algo más de 20.000 pesos para poder enviar el galeón a Acapulco.<sup>25</sup> Dos años más tarde, en 1684, Vargas se quejaba de que los situados llegaban tan justos que apenas si servían para pagar las deudas contraídas, cayendo de nuevo en ellas inmediatamente, además señalaba el abuso de aumentar los envíos de géneros no solicitados, reduciéndose el monto de dinero, deseando, añadía, que las cantidades destinadas al clero no fuesen comprendidas en el situado, sino en una cuenta aparte de los 250.000 pesos anuales que estaban estipulados. Unas advertencias que solo demuestran los excesos cometidos los años de su mandato.<sup>26</sup>

En 1684 era el virrey marqués de la Laguna quien aseguraba haber enviado el situado de dos años seguidos a Filipinas, con un valor de 700.148 pesos, de los cuales había tenido que pedir a crédito 150.000 a causa de haberse acumulado los gastos: el presupuesto de la armada de Barlovento para su operatividad en 1685 era de 394.872 pesos, sin contar el gasto en bastimentos y pertrechos que necesitaría, y sin olvidar el monto de los situados de los restantes presidios a su cargo, que también debían satisfacerse (otros 336.938 pesos), habiéndose aumentado todos ellos, con la consecuencia previsible, pero no por ello menos dolorosa, que “aun no embiandoseles todo lo que se les estava debiendo porque no es posible, es mui poco lo que rresta por remitir a V. Mag.”.<sup>27</sup> Y ese era el verdadero *quid* de la cuestión. El hecho de atender en un momento dado uno de los muchos frentes abiertos, en este caso Filipinas y las Marianas, cubriendo sus atrasos, inmediatamente causaba un problema, una falla en el funcionamiento, en el sistema imperial hispano. Es más, a decir de Francisco R. Calderón (1988), los situados enviados a las Filipinas (y a las Marianas) “eran con mucho los más importantes”, y su monto evolucionaría de la siguiente forma: mientras entre 1618 y 1621 su promedio anual fue de 413.300 pesos, entre 1630 y 1640 alcanzó

<sup>25</sup> Carta del gobernador Vargas a Carlos II, Manila, 15 de mayo de 1680, AGI, Filipinas, leg. 11, exp. 12. gobernador Vargas a Carlos II, Manila, 11 de junio de 1681, AGI, Filipinas, leg. 11, exp. 22. Carta del gobernador Vargas a Carlos II, Manila, 16-20 de junio de 1682, AGI, Filipinas, leg. 11, exp. 34. Sobre el galeón de Manila, véase, Pérez Herrero (2002): 49-74.

<sup>26</sup> Carta del gobernador Vargas a Carlos II, México, 20 de febrero de 1678 y 5 de marzo de 1678, AGI, Filipinas, leg. 23, exps. 49-50. Carta del gobernador Vargas a Carlos II, Manila, 15-20 de junio de 1679 e informe de la Real Hacienda, enero de 1679, AGI, Filipinas, leg. 11, exp. 4. Carta del gobernador Vargas a Carlos II, Manila, 20 de enero de 1680 AGI, Filipinas, leg. 32, exp. 65. Carta del gobernador Vargas a Carlos II, Manila, 26 de junio de 1684, AGI, Filipinas, leg. 11, exp. 56.

<sup>27</sup> Carta del marqués de la Laguna a Carlos II, México, 25 de agosto de 1684, AGI México, leg. 54, exp. 54.

una suma similar, 392.990 pesos, bajando a los 276.500 pesos de 1664 a 1673. En 1696, la cifra alcanzada durante la gestión del arzobispo-vicey de Nueva España, Ortega Montañés, fue de 384.000 pesos. Cabe decir que en esa última fecha, los situados conjuntos de Cuba, La Española, Puerto Rico, Florida y Cumaná supusieron un desembolso de 416.400 pesos. Por otro lado, el situado filipino no solo comprendía los gastos en defensa, sino que también incluía la mayor parte de los gastos de la comunicación marítima con el archipiélago y los sueldos del personal que servía a la Monarquía en Oriente, así como la compra de diversos materiales en los astilleros de Filipinas, donde se construía mucho más barato que en Nueva España (o Perú). (p. 626) En 1689, el virrey conde de Galve aseguraba haber enviado un situado de 589.874 pesos, pues incluía el de 1688 con algunos atrasos de los años anteriores, cuando administraba Nueva España el conde de la Monclova. En concreto, el situado de 1689 montaba 215.752 pesos en metálico y 65.000 pesos en especie.<sup>28</sup>

Pero las circunstancias fueron cambiando en la última década del Seiscientos. En 1695, el gobernador Fausto Cruzat (1690-1701) fijaba la cantidad necesaria para el mantenimiento anual de la Monarquía en las Filipinas y las Marianas en 489.735 pesos, siempre que se pagasen los sueldos por entero, pero al no ser así, el coste final se situaba en 296.100 pesos; como el situado de Nueva España montaba 239.408 pesos, el resultado era un déficit anual de 56.692 pesos (aumentado, pues, a 250.327 pesos si se pagasen los sueldos por entero como se ha señalado). Al año siguiente, 1696, en dos pataches remitidos por el conde de Galve, virrey de Nueva España, con el situado, arribaron un total de 233.388 pesos, de ellos 202.273 para gastos civiles y 31.115 pesos para gastos religiosos.<sup>29</sup> Ante aquella tesitura, el gobernador Cruzat se decantó por desarrollar una política económica e impositiva más estricta. Aseguró Cruzat a Carlos II que en sus primeros cuatro años de gobierno había conseguido aumentar el ahorro al tiempo que estimulaba el pago de los impuestos debidos a la Real Hacienda en Filipinas, y el resultado significaba a efectos prácticos contar con otros 110.168 pesos al año para gastar en el sostenimiento de la Monarquía Hispánica en Oriente. Eso sí, si bien era consciente de que el situado novohispano debería reducirse proporcionalmente –de hecho, el situado arribado en 1691 fue de 103.219 pesos y el de 1694 montó

<sup>28</sup> Carta del conde de Galve a Carlos II, México, 20 de marzo de 1689, AGI, México, leg. 60, exp. 1.

<sup>29</sup> Carta del Gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 3 de junio de 1695, AGI, Filipinas, leg. 17, exp. 13. Carta del Gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 9 de enero de 1696, AGI, Filipinas, leg. 16, exp. 5.

110.000 pesos,<sup>30</sup> luego, como se ha visto, aumentó—, no por ello iba a renunciar Cruzat al cobro de los 852.371 pesos que se les adeudaban a los hombres del rey que habían servido en Filipinas entre 1686 y 1695, pues dicha cantidad sumaba todos los atrasos del situado enviado desde Nueva España. La respuesta del virrey novohispano, Sarmiento, fue antológica: señaló que como no se necesitaba de momento todo aquel dinero en las islas, debería dejarse para otra ocasión, teniendo en cuenta el estado económico del territorio bajo su jurisdicción, y el envío previsto de 500.000 pesos en 1698, es decir de dos situados de una sola vez, pues Cruzat había asegurado un aumento de 440.772 pesos en esos cuatro años. De hecho, según los cálculos de Sarmiento, entre 1687 y 1697, ambos inclusive, se habían remitido 2.855.089 pesos en forma de situado a Filipinas, y como el volumen del mismo era de 250.000 pesos anuales, el resultado es que se habían recibido de manera extraordinaria 105.089 pesos. Una muestra excelente de ingeniería hacendística por parte del virrey Sarmiento, sobre todo cuando insinuó que hasta medio millón de pesos de los adeudados a las Filipinas se podrían remitir a la metrópoli. Una jugada perfecta, pues el mismo cumplía con su obligación de remitir el tan necesario numerario a la Corona, en la fase final de la guerra contra Francia, pero a costa de los atrasos del situado de Filipinas. Lógicamente, Cruzat protestó, pero solo obtuvo una declaración del fiscal Tovar en 1699 señalando que los situados seguirían llegando a Filipinas sin un ahorro significativo para evitar que en el archipiélago se quedasen “sin el caudal que tanto necesitan”.<sup>31</sup> De hecho, Cruzat certificó cómo el situado de 1696 alcanzó los 109.075 pesos en efectivo para la parte civil, y otros 15.924 para la eclesiástica; pero a dichas cifras se debería añadir el valor de los géneros desembarcados para aprovisionar los almacenes y el hospital del rey.<sup>32</sup> Y de manera significativa, Cruzat reconocía que se hallaba con 300.000 pesos en efectivo en las Reales Cajas de Manila, sin tener deudas contraídas y habiendo dinero proveído para la

<sup>30</sup> Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 25 de mayo de 1691, AGI, Filipinas, leg. 14, exp. 22. Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 7 de diciembre de 1694, AGI, Filipinas, leg. 15, exp. 29.

<sup>31</sup> Carta del virrey Sarmiento a Carlos II, México, 31 de octubre de 1697 y Carta de Baltasar de Tovar, fiscal de lo civil, a Carlos II, México, 8 de junio de 1699, AGI, Filipinas, leg. 119, exp. 1.

<sup>32</sup> En 1690 Cruzat descubrió que el mayordomo que se cuidaba del hospital del rey, donde curaban los soldados, había cometido un fraude en las cuentas del mismo. El mayordomo, que vigilaba el cobro de los emolumentos del médico, del ayudante de cirujano, del boticario y del sangrador, recibía cuarenta y cinco pesos mensuales para sus salarios, y otros trescientos pesos mensuales para el mantenimiento de los enfermos, quienes recibían comida aparte de dicha cantidad. Cruzat creía que se ahorrarían con sus medidas mil pesos anuales, y otros quinientos administrando honradamente la venta de medicinas a particulares de la botica de dicho hospital. Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 16 de diciembre de 1690, AGI, Filipinas, leg. 14, exp. 30.

finalización de un galeón<sup>33</sup> que se fabricaba en Bagatao, en la provincia de Albay.<sup>34</sup> La tragedia fue que en 1697 no se envió el situado desde Nueva España. Se argumentó que se trataba de un situado reducido, y, de hecho, todavía en 1699 desde el virreinato novohispano se aducían problemas económicos graves para mantener el situado filipino en esos niveles, dando por supuesto que el ahorro conseguido por Cruzat de 110.168 pesos anuales se mantendría en aquellas fechas y, por ello, se decidió no enviarlo. El fiscal del Consejo de Indias, aún dando la razón a Cruzat, no por ello dejó de señalar las estrecheces de la hacienda novohispana para dejar las cosas como estaban. Eso sí, Cruzat se permitió señalarle a Carlos II que gracias a los logros de su gestión, y si no sucedía ninguna desgracia, sin contar con el dinero de Nueva España creía poder subsistir con medios propios hasta julio de 1700, si bien reconocía que se estaba pagando apenas una cuarta parte de su salario a los arcabuceros y mosqueteros que servían en Filipinas.<sup>35</sup> Los cambios introducidos por Cruzat, y por el gobernador Curucelaegui antes, fueron tan notorios que de 1694 existe una minuta del Consejo de Indias en la que este solicitaba información sobre los cambios introducidos a nivel de ajuste económico en los salarios de los funcionarios reales en Filipinas, y adecuar consecuentemente el situado novohispano a esa nueva realidad (como se hizo según hemos comprobado), pero sabiendo desde cuándo se redujo el situado o, dicho con otras palabras, si las reducciones salariales en Filipinas, una medida introducida por otra parte en toda la Monarquía desde 1693, coincidieron con una inmediata y proporcional reducción del situado. Y de manera impagable, el Consejo de Indias quería saber si comparecería ante ellos fray F. Mercadillo, un dominico “muy noticioso de las cosas de Filipinas” para ayudar al fiscal a entender los cambios y mejoras introducidos en la

<sup>33</sup> El galeón, llamado *Nuestra Señora del Rosario San Francisco Javier y Santa Rosa*, nada menos, debía sustituir a uno de los dos que se disponían para mantener un contacto regular con Nueva España y se dio orden de construirlo desde la Corte en 1692, cuando ya estaba finalizado. Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 23 de junio de 1691, AGI, Filipinas, leg. 14, exp. 38. Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 18 de mayo de 1697, AGI, Filipinas, leg. 122, exp. 15.

<sup>34</sup> Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 31 de diciembre de 1696 y postdata del 12 de junio de 1697, AGI, Filipinas, leg. 122, exp. 14. Sobre la problemática de la construcción naval en Filipinas y la mano de obra autóctona, véase: (SALES-COLÍN, 2013: 59-76)

<sup>35</sup> Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 16 de enero de 1698 y posdata del 9 de junio de 1698; y nota del fiscal del Consejo de Indias, Madrid, 6 de febrero de 1700, AGI, Filipinas, leg. 122, exp. 16. Desconocemos si debido a la actitud de Cruzat se demandó que a partir de aquel momento se remitiesen al tribunal de cuentas de Nueva España las generadas por la construcción de galeones para el servicio real en Filipinas. Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 12 de mayo de 1700, AGI, Filipinas, leg. 122, exp. 31. El último galeón construido, por cierto, costó 65.243 pesos. Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 25 de mayo de 1695, AGI, Filipinas, leg. 15, exp. 33.

administración del archipiélago.<sup>36</sup>

Ya con Felipe V en el trono, el gobernador Domingo de Zabálburu, en 1702, indagó sobre el situado de las Marianas, y más específicamente sobre la falta de cuentas dadas por el gobernador don José de Madrazo de los 109.400 pesos recibidos durante su gobierno de cuatro años. Zabálburu descubrió que Madrazo era pariente de la esposa del oidor de la audiencia de Manila, don Jerónimo Barredo y Valdés, y también era amigo íntimo del maestro de campo don Tomás de Endaya y del fiscal de la Audiencia, don José Torralba, con lo cual se le estaba permitiendo no efectuar aquel trámite obligatorio. El asunto fue degenerando cuando Zabálburu se acogió a esa falta de residencia del gobierno de Madrazo para destituirlo de su puesto de castellano de Cavite, donde había sido promovido por su antecesor, el gobernador Cruzat, y colocar en su lugar al general don Juan Morales de Valenzuela, quien servía en Filipinas desde 1673. Una protesta inapropiada por irrespetuosa de Madrazo se saldó con una multa impuesta por Zabálburu de 500 pesos. Pero en 1704 el Consejo de Indias, aun estando de acuerdo en que la multa impuesta a Madrazo quizá fuese merecida, designó al oidor Barredo para encargarse de la residencia de Madrazo. Pero, al mismo tiempo, al haber sido elegido castellano de Cavite con el beneplácito del Consejo, debería ser reintegrado a su puesto.<sup>37</sup> Asimismo, Zabálburu procedió en contra de otras dos actuaciones de Fausto Cruzat como gobernador: se le criticó la orden dada al almirante del galeón de Manila de 1700 de no atracar en Guam, donde desde 1668 se tenía orden de dejar el situado de las Marianas según Zabálburu, sino que sin consultar a nadie pretendió que el galeón alcanzase las Filipinas por la zona de la tierra de Catanduanes. Para Zabálburu, hubo riesgo de pérdida del barco y los atrasos y demás inconvenientes costaron 21.000 pesos a la Real Hacienda. También le criticó la compra de un bajel de 450 toneladas por 34.351 pesos en 1695,<sup>38</sup> una compra aprobada en su momento, pero que Zabálburu

<sup>36</sup> Minuta del Consejo de Indias, 3 de junio de 1694, AGI, Filipinas, leg. 11, exp. 34.

<sup>37</sup> Carta del gobernador Zabálburu a Felipe V, Manila, 27 de mayo de 1702, AGI, Filipinas, leg. 125, exp. 28. Carta del gobernador Zabálburu a Felipe V, Manila, 2 de junio de 1702 y resolución del Consejo de Indias, 18 de septiembre de 1704, AGI, Filipinas, leg. 126, exp. 6. Madrazo fue gobernador de las Marianas entre 1696 y 1700, y llevaba sirviendo en las Filipinas desde 1670. El puesto de gobernador y capitán general de las Marianas se creó en 1679 y su titular recibiría el grado y sueldo de maestro de campo. Lo ocuparon el maestro de campo general, don Antonio de Saravia, hasta 1686, y luego pasó a don Damián de Esplana, sargento mayor, ascendido pues a maestro de campo, quien ocupó el cargo hasta su fallecimiento en agosto de 1694. Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 9 de enero de 1696 y minuta de la Junta de Guerra de Indias, AGI, Filipinas, leg. 122, exp. 11.

<sup>38</sup> Cruzat escribió en julio de 1694 dando cuenta del hundimiento en su viaje inaugural del galeón *San José*, que se había fabricado en Manila, y de no tener noticias del que partió en 1693, y que se daba por

aseguraba que era a un precio excesivo. La verdad es que pagar 55 ducados de plata por tonelada es un precio alto, pero no del todo abusivo, pues cualquier material era mucho mas caro en las Filipinas que en las Indias, e infinitamente más caro que en Europa. Otro tema es que sus constructores decidieran venderlo al haber realizado un viaje y comprobar su falta de fiabilidad, siempre según Zabálburu. De hecho, antes de realizar su viaje a Acapulco se le carenó por valor de 19.965 pesos, de modo que el precio final pagado sí parece excesivo. Luces y sombras del gobierno de Fausto Cruzat.<sup>39</sup> Es posible que parte de la inquina de Zabálburu contra Cruzat viniese causada por sus medidas ahorrativas en relación al situado novohispano, pues Zabálburu esperaba volver a cobrar los 250.000 pesos habituales, pero no los 110.000 pesos de los años finales de Cruzat, la cantidad recibida por cuenta del situado de 1701, y que le lastraban enormemente en su acción de gobierno.<sup>40</sup>

### Fortificaciones y artillería

Las defensas de Manila constaban en 1671, según el plano levantado por fray Ignacio Muñoz, de seis baluartes, tres de ellos de gran tamaño, seis fortines, dos revellines, una plataforma y una tenaza.<sup>41</sup> Era un circuito importante y, por lo tanto, de mantenimiento costoso. En 1679, el gobernador Vargas Hurtado reconocía que la barra del puerto de Manila se tenía que limpiar, pues siendo capaz para grandes navíos, por entonces hasta los sampanes tenían dificultad para acceder a su interior y atracar. Con respecto a las murallas, si bien daba por buenas las defensas que cubrían el flanco terrestre, la cara de la urbe que daba al mar, la única por donde se podía esperar un ataque, estaba cubierta por un bastión en un extremo y el fuerte de Santiago en el opuesto, “sin otro alguno en todo el medio”. Por lo tanto, seguía siendo vulnerable.<sup>42</sup>

---

perdido en 1696, de modo que se decidió por comprar un patache a un particular, con un coste de 6.500 pesos, para avisar a Nueva España de sus circunstancias y de la necesidad de recibir el situado. El galeón lamentablemente perdido costó 63.285 pesos. Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 10 de junio de 1695, AGI, Filipinas, leg. 15, exp. 44. Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 3 de junio de 1695, AGI, Filipinas, leg. 15, exp. 39.

<sup>39</sup> Carta del gobernador Zabálburu a Felipe V, Manila, 26 de mayo de 1702, AGI, Filipinas, leg. 125, exp. 27. Carta del gobernador Zabálburu a Felipe V, Manila, 30 de mayo de 1702, AGI, Filipinas, leg. 126, exp. 2.

<sup>40</sup> Carta del gobernador Zabálburu a Felipe V, Manila, 20 de mayo de 1702, AGI, Filipinas, leg. 125, exp. 13.

<sup>41</sup> «Plano de la ciudad de Manila y sus arrabales», 1671, AGI, MP-Filipinas, exp. 10.

<sup>42</sup> Carta del gobernador Vargas a Carlos II, Manila, 20 de junio de 1679, AGI, Filipinas, leg. 11, exp. 7.



Vargas poco pudo hacer durante sus años de mandato, pues en 1685 el gobernador Curucelaegui manifestó a Carlos II el mal estado general de las defensas de Manila y su puerto. Tras reconocerlas personalmente en compañía de oficiales y personas entendidas se admiró del “mucho descuido que ha habido en ellas, principalmente en dicho puerto de Cavite, cuya circumbalación, pretilles, baluartes y plataformas se hallan comidas y transminadas del mar por todas partes”, y si no se actuaba se arruinarían sin remisión. Las fortificaciones filipinas tenían 35.000 pesos aplicados en los últimos diez años, pero se habían gastado en otras cuestiones, de modo que apenas dispondría de 7.500 pesos, escribía y se lamentaba el gobernador, para iniciar los primeros arreglos.<sup>43</sup> Curucelaegui se fijó algunas prioridades, y en 1687 había conseguido edificar una nueva casa para la pólvora por un valor de 1.775 pesos, un gran ahorro, pues había logrado una tasación de maestros de obras de Manila que elevaban su valor hasta los 9.517 pesos. En cuanto al remoce del puerto y defensas de Cavite, todavía no se había tomado una decisión definitiva a causa de una nuevo ofrecimiento para actuar, pues el capitán Felipe Ferrer, entendido en arquitectura militar, había propuesto desechar la idea de construir una gran empalizada y levantar unas obras en sillería de piedra, pero con un coste de 100.000 pesos. El gobernador realizó una nueva indagación en la Real Caja de Manila acerca de los envíos destinados específicamente para fortificaciones en los últimos cuarenta años, y la cantidad era importante, 61.000 pesos, pero “se habían gastado estos en las necesidades forzosas de los años atrasados”. Además, en 1686 el capitán Ferrer fue capturado cuando viajaba en una balandra por un pirata, de modo que ha faltado desde entonces el principal impulsor intelectual de la operación. También se trabajaba en los nuevos cuarteles de la infantería, se habían trasladado momentáneamente las instalaciones de la Real Caja de Manila a dependencias de la infantería, y se laboraba asimismo en la puerta principal de la plaza de Manila, mejorando el puesto de guardia y el puente levadizo y rastrillo, así como en las garitas de la muralla, que eran de madera. En Santiago de Cavite, desde 1681, se había señalado la necesidad de enmendar los alojamientos de las tropas, los dos baluartes que miraban a la marina, para que la artillería pudiera ser utilizada, así como abrir un foso por aquella parte, unas obras que habían sido aprobadas pero que estaban a la espera, como el acabar la casa de la fundición de Manila, en la que se había podido emplear poco menos de 1.500 pesos, de

<sup>43</sup> Carta del gobernador Curucelaegui a Carlos II, Manila, 15 de junio de 1685, AGI, Filipinas, leg. 12, exp. 39.

conseguir el dinero suficiente.<sup>44</sup>

Pero aconteció la desgracia. Un terremoto acaecido el 19 de octubre de 1688 había arruinado, entre otros edificios, parte de un lienzo de los almacenes y la fachada de la puerta principal del castillo de San Felipe de Cavite. Además, el coste de reparar el Hospital Real de los Baños era de 2.980 pesos<sup>45</sup>; el de arreglar los almacenes reales del puerto 1.433 pesos y el de reedificar la casa de la fundición se evaluó en 2.176 pesos. Un dinero que no se podría utilizar para otras obras. De hecho, al morir Curucelaegui y hacerse cargo del gobierno en interinidad el oidor más antiguo, Alonso de Abella, se realizó un nuevo informe desde la contaduría del Consejo de Indias en el que se aseguraba que el dinero destinado a fortificaciones en los últimos años (desde 1676) había sido 64.827 pesos, pero solo aparecía como efectivamente gastado en las mismas 15.719 pesos. El fiscal del Consejo de Indias solicitó que como ese dinero había sido consumido en construir bajeles y, sobre todo, para cubrir el pago de atrasos en las soldadas de oficiales y demás tropas de la guarnición, que se retornase a la bolsa de fortificaciones cuando llegase el siguiente situado (y a costa de los sueldos de las tropas, se entiende).<sup>46</sup>

En 1691, Carlos II demandó un informe sobre el estado de San Felipe, pero también sobre el castillo de Santiago de Manila. En el caso de este último, una primera medida fue desplazar los almacenes reales, demasiado cercanos al baluarte de San Francisco, a otro lugar más resguardado; asimismo, el rey quería saber si los cuarteles para las tropas estaban finalizados, y eran suficientes para todos los efectivos; otros trabajos pendientes eran enlosar los baluartes y las cortinas, acabar de perfeccionar el foso para que entrase agua en el mismo y construir un puente levadizo, además de levantar los parapetos de la falsabrega. Más de una década después, el gobernador Cruzat certificó el haberse realizado múltiples reparos en el castillo de Santiago y

<sup>44</sup> Carta del gobernador Curucelaegui a Carlos II, Manila, 25 de diciembre de 1687, AGI, Filipinas, leg. 13, exp. 2.

<sup>45</sup> El gobernador Curucelaegui, dispuesto a hacer economías, señaló cómo las facturas de medicinas mandadas a pedir a Nueva España habían alcanzado los siete mil, ocho mil e incluso diez mil pesos, llegando muchas de ellas, además, corrompidas, por ello decidió que se enviasen las raíces, compuestos y demás materiales y fabricar en Manila las medicinas. Así en un par de años se gastaría lo mismo que antes en uno. Carta del gobernador Curucelaegui a Carlos II, Manila, 21 de mayo de 1688, AGI, Filipinas, leg. 24, exp. 45. En esta misma línea, en 1686 se fijó un coste máximo de mil pesos para las ceremonias de entradas de los gobernadores en Manila. Al respecto: (HIDALGO NUCHERA, 2015: 615-644).

<sup>46</sup> Carta del gobernador interino Abella Fuertes a Carlos II, Manila, 28 de mayo de 1689; informe de la Contaduría del Consejo de Indias, Madrid, 13 de octubre de 1690 e informe del fiscal del Consejo de Indias, Madrid, 13 de abril de 1693, AGI, Filipinas, leg. 25, exp. 7.

también en el de Cavite. A pesar de todo el aparato burocrático desplegado, aquellos reparos tuvieron apenas un coste de 1.503 pesos. En cambio, la construcción de unos nuevos almacenes en la plaza de Santiago importarían 55.401 pesos, de ahí que se hubiera ido dejando para mejor ocasión. La obra principal efectuada en Cavite había sido levantar un granero, “el qual nunca le había habido siendo tan necesario para los aczidentes que pueden sobrebenir”, con capacidad para almacenar víveres para una guarnición de setecientos hombres durante un año. También se construyó una casamata de bóveda de piedra para el resguardo de la pólvora y se reparó el camarín donde se guardaba el tren de artillería y demás pertrechos de guerra. Asimismo, se trabajó en diversos reparos inexcusables en las murallas del castillo, haciendo cuerpos de guardia y garitas nuevas, en los muelles, como alojamientos para los presidiarios y la infantería que los vigila, etc. Todo ello por un valor de 17.833 pesos. Ahora bien, el gran problema de Cavite, del que ya dio cuenta en 1686 el gobernador Curucelaegui, era impedir el avance del mar y sus embates contra las defensas, que deberían ser todas de sillería de piedra. El coste de los materiales se evaluó en 96.590 pesos.<sup>47</sup> Cruzat recibió una Real Cédula con fecha del 15 de diciembre de 1695 por la que se les instaba a invertir en las fortificaciones y sus reparos todo el dinero señalado al efecto, y lo mismo debería hacer en cuanto a la fundición de artillería. Lo interesante es que ya en una misiva de junio de 1692, y en otra de mayo de 1697, lo que es más significativo, el gobernador Cruzat se había quejado de la falta de un maestro fundidor competente en Manila, pues al que había se le suspendió el empleo por fallarle todas las piezas que fundía. Carlos II era consciente de la dificultad de enviar artillería y arcabuces a Filipinas, y sabía que la solución ideal era fundirlos allá mismo. Se había intentado con dos piezas de bronce de doce y ocho libras de bala, pero el intento se saldó con un fracaso. De hecho, en 1700 el capitán general de la artillería de España, marqués de Leganés, solicitaba al asentista de la fundición de artillería de Sevilla, Enrique Habet, un par de oficiales competentes para trasladarlos a Manila. La respuesta de Habet fue comentar cómo él mismo se encontraba sin apenas personal, habiendo muerto uno de sus oficiales, y cuando solicitó a Flandes un sustituto no quiso ir ni a Sevilla, cuanto menos a Manila. En lo que sí se había triunfado era en la manufactura de arcabuces, con una capacidad anual de 360 cuando

---

<sup>47</sup> Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 5 de junio de 1695 y 20 de mayo de 1698, AGI, Filipinas, leg. 122, exp. 17. El informe del 24 de mayo de 1688 del gobernador Curucelaegui en AGI, Filipinas, leg. 13, exp. 2.

los aborígenes habían conseguido dominar aquel arte, para alegría del gobernador. Así, no solo de hallaban todas las plazas bien abastecidas de arcabuces y mosquetes, sino que había en depósito dos mil arcabuces ya fabricados.<sup>48</sup> Años más tarde, poco había cambiado la situación. En 1706, el virrey de Nueva España, duque de Alburquerque, volvía a solicitar al comercio de Filipinas dinero para la mejora del puerto de Cavite, siguiendo la Real Cédula del 7 de julio de 1704. El gobernador de Filipinas apenas disponía de 50.000 pesos para otros menesteres y había que acudir inmediatamente a éste. De ahí la petición de ayuda.<sup>49</sup>

Una posible solución para la falta de artillería en Manila la buscó el gobernador Cruzat en el traslado de hasta catorce artillerías de bronce (diez cañones y cuatro morteretes), que habían quedado en Ylo Ylo tras la retirada de Ternate y Zamboanga las décadas previas, de un total de treinta y ocho cañones, muchos de ellos de calibre reducido y de hierro, que conformaban el parque artillero de aquella plaza. Cruzat aprovechó la circunstancia para intentar poner orden en las provincias de Otón y Panay, donde sus dotaciones estaban cargadas de plazas supuestas por obra y gracia de sus alcaldes mayores. En Otón debían quedar dos compañías de infantería hispana con sus planas mayores y ochenta efectivos, una compañía de pampangos con treinta y seis, así como un condestable y cuatro artilleros. En Panay, veinte soldados hispanos y un artillero, así como cuatro pampangos. El resultado era dejar aquellas provincias con la guarnición fijada, pero con un ahorro de un tercio de gasto que tenían al suprimirse las plazas supuestas.<sup>50</sup> Diez años más tarde, el gobernador Zabálburu se quejaba de la falta de artillería en Manila, mucha de ella de hierro y de bajo calibre. Por otro lado, al perderse treinta y cuatro piezas en el naufragio del galeón *Santo Cristo de Burgos*, se había recurrido a sacarlas de los muros de Manila para dotar lo antes posible con artillería al galeón sustituto. Zabálburu compró cuatro artillerías de hierro de doce libras de bala de calibre y ordenó la fundición de otras doce piezas de bronce, pero de solo ocho libras de calibre de bala. Pero era una muy pequeña aportación a la mejora del parque artillero de Manila y Cavite, pues una certificación acreditaba que en todos ellos

<sup>48</sup> Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 18 de mayo de 1697, AGI, Filipinas, leg. 17, exp. 3. Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 20 de mayo de 1698 y Leganés al secretario del Consejo de Indias, López de Caro, Madrid, 14 de marzo de 1700, AGI, Filipinas, leg. 17, exp. 20.

<sup>49</sup> Carta del duque de Alburquerque a Felipe V, México, 30 de agosto de 1706, AGI, Filipinas, leg. 118, exp. 27.

<sup>50</sup> Carta del gobernador Zabálburu a Felipe V, Manila, 20 de junio de 1702, AGI, Filipinas, leg. 126, exp. 12.

faltaban nada menos que ciento cuarenta y seis piezas para tener su defensa asegurada: en los bastiones de Manila se necesitaban ochenta y cuatro piezas para coronarlos con garantías, treinta y una piezas en el castillo de Santiago, así como otras dieciocho en el castillo de San Felipe de Cavite y otras trece en la plataforma y muelle.<sup>51</sup>

## Expansión

Durante el reinado de Carlos II se produjo un cierto reforzamiento de la presencia hispana en Oriente, aunque muy matizable, como en el caso de algunas “expansiones” ocurridas en las Indias. De hecho, fue un mínimo impulso en el transcurso de los primeros años del reinado carolino, achacable a dinámicas propias de las décadas anteriores. Sea como fuere, el gobernador Salcedo dijo haber conseguido pacificar a los habitantes de Joló y Mindanao merced a la armada organizada por él en 1665, que les obligó “a imbiar embajadores y asentar la paz”, y esperaba hacer lo mismo con los de Borneo aquel año. No obstante, Salcedo era consciente de tener que vigilar igualmente la evolución de los acontecimientos en Taiwán, con el hijo de Coxinga como principal y posible rival, junto con neerlandeses e ingleses.<sup>52</sup> El gobernador Salcedo propuso para poder afrontar mejor aquellos peligros volver a convocar dos compañías de milicias de Manila y una de caballos, plan que contó con la total oposición<sup>53</sup> de su predecesor en el cargo, Sabiniano Manrique de Lara, quien convocado por el Consejo de Indias, contestaba en octubre de 1666 que la convocatoria de compañías de milicias solo servía para alterar el orden de las cosas sin grandes beneficios, pues el servicio en las murallas degeneraba en la contrata de antiguos soldados, enfermos y tullidos, para que hiciesen las guardias en lugar de los vecinos acomodados de Manila que, eso sí, todos pretendían

<sup>51</sup> Carta del gobernador Cruzat a Carlos II, Manila, 31 de diciembre de 1696, AGI, Filipinas, leg. 122, exp. 14.

<sup>52</sup> Carta del gobernador Salcedo a Felipe IV, Manila, 24 de junio de 1666, AGI, Filipinas, leg. 9, exp. 48. Como sabemos, Felipe IV había muerto en septiembre de 1665. De todas formas, se firmó una paz con el sultán de Borneo en 1685 y, tras su muerte, la ratificó también su sucesor. Carta del gobernador interino Alonso de Abella a Carlos II, Manila, 20 de junio de 1690, AGI, Filipinas, leg. 14, exp. 15.

<sup>53</sup> Al llegar a su cargo, Salcedo inició el juicio de residencia de su predecesor, Manrique de Lara, y procuró desarticular sus redes de apoyos. A su vez, Salcedo sufriría en sus propias carnes la lucha entre su red de contactos con otras menores, pero también poderosas, que organizaron un golpe de tal envergadura que significó su detención por la Inquisición filipina, confinamiento en una celda y pérdida de bienes y, por último, su muerte en prisión. El escándalo alcanzó la corte, pues Salcedo era partidario de don Juan José de Austria en unos años en los que este pugnaba por el poder, pero aún no lo había alcanzado. Sobre este tema: (PICAZO, 2013: 375-388)

graduarse como oficiales, mientras que los efectivos de la caballería, la mayor parte de ellos mestizos y mulatos, se dedicaban a cometer robos y otros insultos ante la pasividad de sus mandos, y con gran escándalo público, y ello sin contar la mano de obra que se sustraía a los cultivos y otros obrajes. En una segunda misiva, Manrique de Lara se mostraba contrario a levantar cuatro fuertes en la provincia de Pampanga<sup>54</sup> con unos ciento cincuenta soldados hispanos y otros tantos auxiliares aborígenes. El mismo había enviado un contingente de ochenta españoles y otros tantos pampangos con el resultado de haber perecido la mitad de los hombres por enfermedades y algunas hostilidades, de tal manera que “es cosa ynutil y de ninguna conveniencia estas entradas y el que [h]aya fuertes allí por que será llevarlos al degolladero”. Para frenar las incursiones de los igorotes y los zambales en la zona, donde el rey criaba algún ganado, era suficiente con un fortín de estaca y fajina en el pueblo de Lubao asistido por un oficial hispano al mando de veinte soldados de los casados con naturales de la provincia y otros tantos soldados pampangos, con los cuales bastaría para realizar algunas rondas en aquella tierra. La experiencia de Manrique de Lara era total, pues sabía que un exceso de soldados en cualquier provincia convertía sus fortines en ladroneras y exasperaban hasta la sublevación a los aborígenes, justo lo que se deseaba evitar.<sup>55</sup> El tiempo dio la razón a Manrique de Lara, pues en 1672 escribía el gobernador León explicando cómo la mayor parte de los hombres enviados a la conquista de igorotes y zambales estaban enfermos o habían fallecido, y no enviaría más tropas “por que este campo no se halla con gente tan sobrada que se pueda divertir en tan distantes empresas”.<sup>56</sup> Después de esa fecha la expansión se dirigiría hacia las Marianas y las Carolinas.

### Un arbitrista particular: Seijas y Lobera

Los años de gobierno del conde de Galve en Nueva España y del conde de la Monclova en Perú contaron con la presencia, indeseada para ambos, del inquieto Francisco de Seijas y Lobera, un interesante caso tanto de último arbitrista político

<sup>54</sup> Sobre la rebelión pampanga de 1660, véase: (PALANCO, 2004: 71-98, esp. 92-97).

<sup>55</sup> Dos cartas del gobernador Manrique de Lara al presidente del Consejo de Indias, Alonso Fernández de Lorca, Madrid, 8 de octubre de 1666, AGI, Filipinas, leg. 9, exp. 48.

<sup>56</sup> Carta del gobernador León a Mariana de Austria, Manila, 10 de junio de 1672, AGI, Filipinas, leg. 10, exp. 13. La respuesta del Consejo de Indias, del 20 de agosto de 1674, señalaba que se dejase al arbitrio del gobernador proseguir o no aquella conquista a la que se dio permiso por haber insistido el gobernador Salcedo en que se hallarían minas en aquellas tierras.

indiano del siglo XVII como de pre-reformista del siglo XVIII. Firme defensor de la monarquía de Felipe V, Seijas elaboró un gran manual de gobierno de las Indias, donde recorrió miles de leguas denunciando malas praxis y proponiendo remedios. Nos interesa ahora específicamente la cuestión de sistema defensivo aplicado al caso de las Filipinas. En cuanto al contacto con las mismas, Seijas consideraba que cada galeón podía muy bien dejar de contribuir con 150.000 pesos a las arcas del rey a causa del contrabando, con lo cual, subsanándolo, prácticamente estaba pagada la contribución anual de unos 700.000 pesos que se enviaba de Nueva España a las Filipinas y las Marianas.<sup>57</sup> Pero el problema también era que seguía la costumbre de realizarse levadas ficticias con destino a las Filipinas desde México, “quedándose los más de ellos [los soldados] en Nueva España y el virrey con los demás ministros con la mitad del dinero y las dichas islas Filipinas sin la dicha gente”. Era habitual señalar la recluta de cuatro, seis u ocho compañías, pero solo remitir ciento cincuenta plazas. Tampoco en Manila dejaban de lado la posibilidad de hacer negocio, pues cobraban como si las compañías allá presentes estuviesen al completo cuando no era así, con el riesgo que supone tener mal defendidas tanto Manila como Cavite.<sup>58</sup> Proponía Seijas que el nuevo galeón de Manila fuese una fragata de 500 toneladas de dos puentes armada con treinta cañones de bronce, así como un patache de 150 toneladas y con dieciocho piezas. Barcos más rápidos que podrían tardar en realizar la travesía del Pacífico mucho menos de los cinco o seis meses que se solían emplear. Se podrían construir en Acapulco y armar con artillería de bronce peruana, donde se fabricaban tan excelentes como las europeas. Ciento treinta soldados servirían en ambas naves y sus salarios, junto con los de la marinería, sumarían 51.178 pesos anuales. Se prevendría una tercera fragata de cien toneladas para cubrir el servicio con las islas Marianas. Una vez realizado este negocio y enviadas las fragatas a su destino, se repetirá la operación con otras tres fragatas, de modo que a la larga se tendrían seis, que cubrirían el tornaviaje. Así, el coste final sería

<sup>57</sup> En realidad, según Rafal Reichert, las Filipinas recibieron en todo el Seiscientos 16.247.331 de pesos en forma de situado, de los cuales entre el 50 y el 60 por ciento correspondieron a gastos militares. Para poder comparar, en la misma centuria, el Gran Caribe recibió 18.773.939 pesos, y la frontera del Norte novohispana 7.774.534 pesos, que no son cifras menospreciables teniendo en cuenta los apuros económicos que padecería la Monarquía Hispánica en el transcurso de tan aciaga centuria. (2012: 47-81)

<sup>58</sup> Cuarenta años atrás, en 1659, se quejaba el gobernador de las Filipinas, Manrique de Lara, que Cavite solo tenía una octava parte de la guarnición necesaria y al no haber un ingeniero militar, eran los propios soldados que servían allá quienes trazaban sus defensas según sus experiencias. Carta del gobernador Manrique de Lara a Felipe IV, Manila, 20 de julio de 1659, AGI, Filipinas, leg. 9, exp. 24. En 1665 todavía no se había decidido nada.

de unos 120.000 pesos anuales cuando se tuviesen en servicio las dos escuadras de fragatas. Tampoco sería necesario enviar más levas a las Filipinas, con los resultados ya conocidos, sino remitir cada año de dieciocho a veinticuatro adolescentes de trece a dieciséis años de las calles de Ciudad de México o de Puebla para que se fueran haciendo soldados en Manila. (SEIJAS y LOBERA, 1986: 454-478, 518-527)

## **Conclusiones**

Aunque la amenaza que significaron los neerlandeses durante mucho tiempo se pudo sobrellevar por atacar estos también las posesiones portuguesas, la materialización de un nuevo tipo de inquietud como la representada por Coxinga hubiera debido movilizar más medios defensivos para las Filipinas. Desde Nueva España, no obstante, la presencia cada vez más alarmante de los ingleses en el Caribe, sobre todo tras su toma de Jamaica en 1655, fue tanto una excusa como un argumento de peso para no remitir unos situados tan elevados como se necesitaban en el archipiélago. Con todo, y en comparación, no fueron las Filipinas el espacio peor cuidado a ese respecto. El problema, en cualquier caso, era de fondo: nunca se terminó de subsanar la problemática de contar con tropas suficientes y de calidad, al tiempo que el tamaño de los circuitos de unas murallas necesitadas de reparos demandaban muchas más tropas para su resguardo que las disponibles en cada momento. Fue un error grave de diseño que se repitió en otras muchas fronteras. Y aunque se dedicaron algunas sumas a mejorar lo que buenamente se pudo, algunos infortunios, como el terremoto de 1688, se encargaron de destruir lo tan laboriosamente mejorado. Además, siempre hubo avisos y quejas sobre el poco dinero gastado para el fin previsto, la reconstrucción de las defensas y la mejora de los puertos, “desviándose” buena parte del mismo a la construcción naval. ¿Fueron dineros malgastados? Difícilmente se puede contestar afirmativamente si tenemos en cuenta la naturaleza insular de la posesión y la necesidad del comercio, al que recurrían a menudo los gobernadores en busca de crédito, de contar con los medios necesarios para seguir prosperando. No en vano, un arbitrista como Seijas y Lobera fundamentó buena parte de su discurso sobre la mejora de las Filipinas en la construcción de una flota propia. La crisis defensiva de las Filipinas se demuestra, por ejemplo, en una cuestión cuya solución no se podía improvisar fácilmente: la falta



de artillería, común a todas o casi todas las fronteras de la Monarquía en los años de Carlos II, fue un lastre tremendo. Si dicha circunstancia, como otras, todavía no se había solucionado a inicios del reinado de Felipe V se debió, sin duda, a la falta de presión que significó el que el archipiélago no fuese molestado aquellos años por la gran enemiga de la Monarquía, Francia.

## Bibliografía

- ANTÓN BURGOS, F. J. (2004). “Geografía y población de Luzón, Cebú y Mindanao en los siglos XVI y XVII”, en CABRERO, L. (editor), *España y el Pacífico. Legazpi*, Madrid, SECC, tomo II, pp. 203-230.
- BERNAL, A.-M. (2004). “La 'Carrera del Pacífico'. Filipinas en el sistema colonial de la Carrera de Indias”, en CABRERO, L. (editor), *España y el Pacífico. Legazpi*, Madrid, SECC, tomo I, pp. 485-525.
- BLACK, J. (2011). *Beyond the Military Revolution. War in the Seventeenth-Century World*, Houndmills/Nueva York, Palmgrave/MacMillan.
- BRUNAL-PERRY, O. (2004). “Las islas Marianas enclave estratégico en el comercio entre México y Filipinas”, en CABRERO, L. (editor), *España y el Pacífico. Legazpi*, Madrid, SECC, tomo I, pp. 543-555.
- CABRERO, L. (coord.), (2000). *Historia General de Filipinas*, Madrid.
- CALDERÓN, F. R. (1988). *Historia económica de la Nueva España en tiempo de los Austrias*, México D. F., FCE.
- COELLO, A. (2011). “Colonialismo y santidad en las islas Marianas: la sangre de los mártires (1668-1676)”, en *Hispania Sacra*, 128-II: 707-745.
- COELLO, A. (2012). “Colonialismo y santidad en las islas Marianas: los soldados de Gedeón (1676-1690)”, en *Hispania*, LXX/234:17-44.
- DEL BARRIO, J. A. (2012). *Vientos de reforma ilustrada en Filipinas: el gobernador Fernando Valdés Tamón (1729-1739)*, Madrid, CSIC.
- DÍAZ-TRECHUELO, L. (1985). “Fortificaciones en las islas Filipinas (1565-1800)”, en VV. AA., *Puertos y Fortificaciones en América y Filipinas. Actas del Seminario 1984*, Madrid, CEDEX/CEHOPU, pp. 261-280.
- GOODMAN, D. (2001). *El poderío naval español. Historia de la Armada española del siglo XVII*, Barcelona, Península.
- HANKE, L. y RODRÍGUEZ, C. (eds.), (1977). *Los virreyes españoles en América durante el gobierno de la casa de Austria: México*, vol. IV, BAE, Madrid, Atlas.
- HERRERA REVIRIEGO, J. M. (2015). “Conexiones en la época de la desconexión: Filipinas y Japón durante la segunda mitad del siglo XVII”, en TAKIZAWA, Osami y MÍGUEZ, Antonio (coord.), *Visiones de un mundo diferente. Política, literatura de avisos y arte namban*, Córdoba, CEDCS.
- HIDALGO NUCHERA, P. (2015). “La entrada de los gobernadores en Manila: el ceremonial y sus costes”, en *Revista de Indias*, LXXV/265: 615-644.

- ISRAEL, J. (1995). *The Dutch Republic. Its Rise, Greatness, and Fall (1477-1806)*, Oxford, OUP.
- LUCENA SALMORAL, M. (1999). *Rivalidad colonial y equilibrio europeo, siglos XVII-XVIII*, Madrid, Síntesis.
- LUENGO, P. (2013). *Manila, plaza fuerte, 1762-1788: ingenieros militares entre Asia, América y Europa*, Madrid, CSIC.
- MAWSON, S. (2013). “Unruly plebeians and the *forzado* system: Convict Transportation between New Spain and the Philippines during the Seventeenth Century”, *Revista de Indias*, LXXIII/259: 693-730.
- MOLINA, A. M. (1992). *América en Filipinas*, Madrid, Mapfre.
- PALANCO, F. (2004). “Resistencia y rebelión indígena en Filipinas durante los primeros cien años de soberanía española (1565-1665)”, CABRERO, L. (editor), *España y el Pacífico. Legazpi*, Madrid, SECC, tomo II, pp. 71-98.
- PANNIKAR, K. M. (1966). *Asia y la dominación occidental. Un examen de la historia de Asia desde la llegada de Vasco de Gama (1498-1945)*, Buenos Aires, Editorial Universitaria.
- PARKER, G. (1986). *Europa en crisis, 1598-1648*, Madrid, Siglo XXI.
- PARKER, G. (1990). *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*, Barcelona, Crítica.
- PÉREZ HERRERO, P. (2002). “Nueva España, Filipinas y el Galeón de Manila, siglos XVI-XVIII”, en ELIZALDE, María Dolores (ed.), *Las relaciones entre España y Filipinas. Siglos XVI-XX*, Madrid-Barcelona, Casa Asia/CSIC, pp. 49-74.
- PICAZO, A. (2013). “Rivalidades en las redes de poder de Manila: el golpe contra el gobernador Diego de Salcedo”, *El futuro del pasado*, 4: 375-388.
- REICHERT, R. (2012). “La lucha por el dominio colonial en las Indias durante el siglo XVII, casos de San Martín, Jamaica y la isla Española”, *Historia Caribe*, 20: 159-182.
- REICHERT, R. (2012). “El situado novohispano para la manutención de los presidios españoles en la región del Golfo de México y el Caribe durante el siglo XVII”, *Estudios de Historia Novohispana*, 46/1: 47-81.
- SALES-COLÍN KORTAJARENA, O. (2005). “La escasez de soldados en las Filipinas de la primera mitad del siglo XVII”, en GUTIÉRREZ ESCUDERO, A. y LAVIANA CUETOS, María Luisa (coordS.), *Estudios sobre América, siglos XVI-XX. Actas del Congreso Internacional de Historia de América*, Sevilla, AEA.
- SALES-COLÍN KORTAJARENA, O. (2013). “Polistas y arquitectura naval: una polémica contra los recursos de la tierra filipina durante el siglo XVII”, *Revista de Historia Naval*, XXXI/122: 59-76.
- SCHURTZ, W. L. (1992). *El galeón de Manila*, Madrid, Mapfre.
- SEIJAS Y LOBERA, F. de (1986). *Gobierno militar y político del Reino Imperial de la Nueva España (1702)*, estudio, transcripción y notas de PÉREZ-MALLAÍNA, P. E., México D. F., UNAM.
- SERRANO ÁLVAREZ, J. M. (2004). “Situados y Rentas en Cartagena de Indias en el siglo XVIII”, *Temas americanistas*, 17: 58-78.
- VALLADARES, R. (2001). *Castilla y Portugal en Asia (1580-1680). Declive imperial y adaptación*. Lovaina. Universidad.